





DECEM  
EL ENEMIGO INVISIBLE



Mas Matas

DECEM  
EL ENEMIGO INVISIBLE



Primera edición: abril 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Mas Matas

ISBN: 978-84-10253-28-5

ISBN digital: 978-84-10253-29-2

Depósito legal: M-9192-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A mi familia:  
A los presentes.  
A los ausentes.  
Y a los que se eligen.*





# 1

Con los años, el quirófano ha ido cobrándose horas y horas de su vida, hasta el punto de arrebatarse el sueño, las vacaciones, amistades y parejas. Su vida real se ha llegado a convertir en secundaria. «Tal vez sea mejor así», piensa habitualmente.

Con solo treinta y seis años, Andrés Arnaiz es uno de los neurocirujanos más eminentes del país. Opera mañanas y tardes, alternando la pública y la privada, siguiendo el legado de su mentor, que lleva casi tres años sin tocar un bisturí. El prestigio que otorga el quirófano es lo único que realmente lo llena.

Se sienta en el vestuario de quirófano, a la espera de la llegada de un nuevo paciente. En la misma sala solo hay otra persona: un cirujano residente de último año llamado Darko. No son amigos, pero la pareja del residente es una de las personas que más aprecia.

Darko es seis años menor que Andrés, y tiene la costumbre de llevar siempre gafas de sol. Sin embargo, no las lleva bajo la mortecina luz blanca de interior del vestuario. Se despoja de sus pantalones de calle y se queda desnudo, a excepción de unos calzoncillos excesivamente ceñidos. Está en buena forma, con los músculos bien perfilados y tonificados, aunque no tiene excesivo volumen.

Andrés no es tan musculoso, pero su estatura —casi un metro noventa— lo pone un palmo por encima de su compañero. Aparta sus ojos del cuerpo de Darko y niega con la cabeza. «No estaría de más hacer un poco más de deporte», piensa, rascándose el abundante cabello de su cabeza.

—Pues parece que ha vuelto a bajar Ethereum —dice Darko, de la nada, haciendo que Andrés frunza el ceño, viendo sus reflexiones cortadas. Lo mira extrañado—. ¿No tienes *cryptos*?

—¿Eso existe aún? —pregunta el neurocirujano, tratando de bromear.

La sonrisa imborrable de Darko se tuerce un poco, pero se encoge de hombros y sus labios vuelven a ensancharse. No parece dispuesto a entrar en la provocación.

—Yo tampoco tengo ya. Perdí, recuperé y volví a perder. Ya no meto más.

Andrés se siente desconcertado: «¿*Qué me está contando? ¿Desde cuándo somos amigos?*». No tiene muy claro cómo ha llegado hasta ese punto una conversación en la que tiene nulo interés.

Darko se encoge de hombros de nuevo ante la mueca facial de Andrés, sin perder la sonrisa, que comienza a irritarlo. «Nadie puede sonreír tanto tiempo sin justificación», piensa el neurocirujano.

—Lo miro por pura curiosidad —dice, haciendo que Andrés empiece a dudar si su expresión demuestra el mínimo interés—. Igual que cuando miro si el tiempo es bueno donde nació.

Andrés lo evalúa unos segundos. Darko tiene el cabello corto, completamente liso, la piel blanca y las facciones angulosas. Su postura es recta y firme, y destila confianza. Pone los brazos en jarra, con los puños cerrados sobre sus caderas. Andrés se siente obligado a seguir con la conversación a pesar de su indiferencia al respecto. Es el efecto que provoca Darko en los demás.

—¿De dónde eres?

—De Leskovac, al sur de Serbia.

—Ah, sí —musita Andrés, fingiendo reconocerlo. Nunca ha sido bueno en geografía.

Se hace un silencio reconfortante para Andrés, que se permite cerrar los párpados un instante. Está cansado, aunque lejos de su límite. Ha estado peor. Darko, que ya ha comenzado a vestirse con el atuendo reglamentario del quirófano, no pasa el detalle por alto.

—¿De posguardia?

—Doble guardia —responde Andrés, sin inmutarse.

—¿Sin librar?

—Sin librar.

Darko suelta un silbido de admiración. No es frecuente hacer dos guardias consecutivas, y mucho menos sin tomarse el día entre ambas libre, fundamentalmente porque está prohibido por ley.

—De verdad que no entiendo por qué haces tantas guardias extras si después ni te gastas el dinero.

«Y tú qué sabrás en qué me gasto yo el dinero», quiere gritarle Andrés, pues la sonrisa imborrable de Darko ha sobrepasado su lindar de simpatía. Pero termina usando un tono suave:

—No tiene nada que ver con el dinero, es cuestión de excelencia.

Darko asiente ocultando su incomodidad. Ya está completamente vestido. Adapta su sonrisa, sin perderla del todo. Se despidе sin añadir nada más, percibiendo la hostilidad en el rostro de su compañero. Andrés lo ve irse hacia los quirófanos de reojo. Si hay alguien en el hospital que adore operar casi tanto como él, ese es Darko, aunque a una distancia abismal.

Cierra los ojos unos instantes, tentado a dormir. «¿Tan terrible sería si me durmiera? ¿Si parara unas horas?». Su cerebro trunca de inmediato sus ganas de dormir con una feroz oleada de adrenalina. Con un sofoco de culpabilidad por haberse planteado descansar, se levanta y da vueltas al vestuario. Cuando se le pasa el nerviosismo, se vuelve a sentar. Se sumerge en la pantalla de su móvil. Tras unos minutos leyendo mensajes, se pasa a la sección de noticias de actualidad. Un titular concreto capta su atención: «Obrero enloquece y empuja a dos compañeros del tejado antes de suicidarse». Decide no leer el artículo, harto de titulares tendenciosos. ¡Cómo odia esas noticias que el titular las hace succulentas y luego resultan ser todo lo contrario!

No presta atención a otros titulares, haciendo cábalas sobre lo que les había pasado a esos desdichados obreros. No tarda en encontrar otro titular similar: «El HHV-10: ¿el inicio de una nueva

pandemia?». Una sonrisa se dibuja en sus labios. A pesar de que sabe que es sensacionalismo, entra en la noticia y la lee en diagonal. Habla de un virus nuevo, el Decem *human herpesviridae* —o HHV-10—, muy parecido, según el artículo, al herpes labial. La noticia no dice mucho más, aparte de que se identificó por primera vez cinco días atrás en París. Como profesional sanitario, debería conocer su existencia. «Si no pasara tanto tiempo en quirófano...». De nuevo, un latigazo de adrenalina le hace abandonar sus pensamientos de culpa: «Si no pasara tanto tiempo en quirófano, no sería tan bueno. Todo esto vale la pena».

Una vibración en su teléfono le hace desviar la mirada hacia la notificación de WhatsApp.

«*Necesito tu ayuda*», dice el mensaje, que hace que su corazón se acelere. Entra en la aplicación con media sonrisa.

«*Hace tiempo que no hablamos*», envía el cirujano, sin vacilar ni esperar un instante. «*No te recordaba tan directa*», añade, acompañado de un emoticono de guiño sugerente.

«*Ni yo a ti tan creído*», recibe, quedando desconcertado por completo.

«*Eres tú quien me necesita*», escribe Andrés, con el ceño fruncido. «*Tú dirás*».

«*Me gustaría hablar en persona si puedes sacar un rato*», lee Andrés, viendo que su interlocutora le cita su primer mensaje, con la clara intención de repetirle sus intenciones.

Se peina con la mano instintivamente el cabello rubio oscuro, liso y corto, en el que ya se comienzan a notar las entradas, aunque las disimule bastante bien. Se toma el pulso, excesivamente acelerado. Niega con la cabeza. «Tranquilo, Andrés. Tú tienes el control», se dice, recuperando la confianza en sí mismo que habitualmente exhibe ante los demás.

«*Me vale con diez minutos. En la heladería de al lado del hospital*», recibe Andrés, con la autoestima renovada y rebosante.

«*¿Cuándo?*», se limita a responder.

«*Ahora. Te estoy esperando*».

Andrés se sobresalta. Primero duda en si es broma, pero, conociendo a la mujer que le escribe, sabe que es infantil por su parte pensarlo.

Pero ella no vive en Barcelona como él, sino en Madrid. Al menos, la última vez que supo de ella...: dos años atrás. Cavila unos instantes sin contestar, deja el móvil sobre la madera del banco de vestuario en el que está sentado y se levanta. Se asoma al pasillo y llama a su enfermera instrumentista.

—¡Lucy! —Una mujer de mediana edad, alta y entrada en carnes, se vuelve hacia él—: ¿Cuándo sube el siguiente paciente?

—La paciente —corrige ella, sorprendida.

Y es que el doctor Andrés Arnaiz siempre lo sabe todo sobre sus cirugías. Él mismo se da cuenta de que está disperso: los mensajes lo han alterado. Niega con la cabeza y aleja ciertos pensamientos peligrosos.

—La paciente —gruñe él, apresurado, pero aparentando calma.

—En unos veinte minutos, pero...

—Genial —se adelanta él. Toma el móvil en su mano hábil, la izquierda, pasa como un torbellino por el costado de la enfermera y le susurra—: Eres la mejor.

La enfermera enrojece, embriagada por su encanto natural.

Andrés se peina el cabello, frente al espejo, el cabello lo mejor que puede, tratando de disimular las entradas. Alguna peca suelta desvía la atención de las bolsas negras bajo sus ojos, verdes y pequeños, ligeramente rasgados. Arruga la nariz, estrecha, rectilínea y de agujeros pequeños.

Su piel ha palidecido progresivamente con los años al dejar de exponerse al sol. Muchos días entra en el hospital antes de que salga, y se marcha después de que se ponga. Niega con la cabeza ante su propio reflejo. Levanta la manga de la camiseta hasta el hombro y dirige su atención al bíceps de su brazo derecho. Lo aprieta con fuerza. En sus labios se dibuja una ligera sonrisa; hacer pesas da sus frutos.

—Dos años... —se dice a sí mismo, en voz alta, acordándose del último encuentro con ella.

No habían mediado palabra desde entonces. Al aislarse en su mundo de cirugías, el tiempo transcurre más rápido.

Convencido con su aspecto, aunque consciente de que cualquier tiempo pasado fue mejor, sale de la clínica rebosante de confianza. El frío le golpea las mejillas y hace que lamente no haber cogido el abrigo.

Identifica a la joven sentada en una mesa de la bulliciosa terraza de la heladería. Está agitando un café con una varilla de madera, con la vista fija en el humo que emana de su taza. «Un cortado con hielo», se dice Andrés, sin evitar sonreír. Viste un sencillo plumón blanco, bajo el que oculta un jersey de lana, y vaqueros.

—¿Está ocupada? —pregunta él, agarrando la silla frente a ella. No ha reparado en él.

—La verd... —ella se dispone a negarle el asiento, distraída. Al reconocer su voz, suspira—. Hola, Andrés.

No es un tono frío, ni siquiera distante, es peor. Andrés siente como se le hiela la sangre al escuchar un saludo tan indiferente, a pesar de la fuerza que emiten de sus ojos, color avellana.

—Aquí me tienes, Elena —dice él, sentándose y abriendo los brazos en jarra, sin perder la expresión jovial y alegre por verla, aunque descolocado por su recibimiento—. Me alegro de verte.

—Ya, y yo —de nuevo el tono es seco y sobrio, sin la habitual musicalidad que solía caracterizarla. Se pellizca el puente nasal: está tensa—. Tengo algo muy importante que pedirte, completamente confidencial.

—Elena...

Ella lo corta agitando las manos y apretando los labios. No quiere escuchar nada de lo que él tenga que decirle. Y a él le asalta una certeza que lo hiere gravemente: «No está aquí para verme por iniciativa propia. Si hubiera podido evitarlo, lo hubiera hecho, ha venido porque la han obligado, porque necesita...».

—Mi ayuda —dice escuetamente Andrés, obviando el resto de sus cavilaciones.

Sus ganas de verla se han roto en mil pedazos, causando una incómoda inexpresividad en su rostro.

Elena asiente levemente mientras sopla su café, que ya apenas humea. Sus facciones son delicadas y gallardas. Él no puede apartar la mirada de sus grandes ojos. Su tez es tan blanca como la de él, aunque siempre tiene las mejillas levemente enrojecidas. Al mover la cabeza, unos cabellos rubios caen frente a sus ojos. Los mechones terminales son casi blancos, pero marrones oscuros en su nacimiento. Decide recoger todo el cabello por encima de los hombros, en una coleta alta, de forma que sus facciones se resaltan aún más.

—El Decem no es una broma —comienza la joven, a lo que Andrés asiente muy despacio, aprovechando su pausa, pero completamente desconcertado—. Me han contratado para que reclute un equipo.

—No entiendo qué tiene que ver esto conmigo —espeta Andrés, decepcionado por cómo avanza la conversación, aunque albergando alguna esperanza de que a la larga se imponga lo personal.

De todas formas, Elena no parece contenta de verlo, más bien todo lo contrario.

—Los primeros estudios dicen que se mete en tu cerebro cuando te infectas, y a los diez días baja a los pulmones. No podemos pararlo, pero pensamos que el doctor Rius podría hacerlo, y como el doctor Rius no está del todo... —Elena busca la palabra correcta para no ofender a Andrés, consciente de lo importante que es su mentor para él— ...en condiciones de ayudar, tú eres lo más parecido a él.

Ella espera, pues sabe que la mención al doctor Rius puede afectar a Andrés. La situación del ya jubilado cirujano es muy mala, puesto que padece párkinson y, desde hace unos meses, su enfermedad le ha afectado en su forma de hablar y actuar.

Andrés siente una creciente inquietud en el pecho, acuciada por el tono severo y preocupado de Elena. Comienza a entender

que Elena habla seriamente. Que el problema del Decem quizá no sea solo una nota de prensa médica, no solo una enfermedad de interés por ser nueva. Elena se lo queda mirando, buscando las palabras, mientras él siente que absolutamente todo se retuerce en su interior.

—Quiero que vengas a Madrid —revela ella—. Sabes que yo no entiendo de todo esto. Me han enviado a buscarte específicamente a ti.

Su mirada, aunque con el vitalismo usual, es distante y mecánica. Andrés sabe que algo se le escapa, y en este momento le preocupa bastante más que el Decem. Pero confirma sus sospechas: no ha sido idea suya recurrir a él.

Se traga el orgullo e intenta manejar su creciente frustración para centrarse en lo que está sucediendo. Es importante. Alguien, en Madrid, lo ha mandado llamar, porque creen que es el mejor neurocirujano del país. Su ego, malherido por la actitud de Elena, emerge de nuevo, devolviendo el color a sus mejillas. «Tengo que centrarme en lo que puedo controlar», se reprende.

—¿Quién es la jefa de la investigación?

—Por ahora, Goa Guix, desde París.

Andrés asiente despacio, asimilando poco a poco la magnitud de lo que Elena le está presentando. Conoce a Goa, aunque no personalmente. Ha escuchado numerosas ponencias suyas, sobre todo, referentes a parásitos neuronales. Es una científica brillante especializada en microbiología y genética.

—Quiero hablar con ella —responde Andrés, con la boca seca, pues, una vez desechada la idea de llevar la conversación con Elena al plano personal, sabe que cualquier conversación científica está fuera de lugar—. La conozco.

—Sí, ya lo sé. —El tono frío y seco se clava en su pecho de nuevo—. Será lo mejor. ¿Tienes su número? —Andrés niega con la cabeza y ella rebusca en un pequeño bolso mientras sigue hablando—: Esta noche vuelvo en el avión del trabajo a Madrid. Llámame si necesitas algo más. El café corre de tu cuenta.



Como si de otro siglo se tratara, Elena deja sobre la mesa una tarjeta impresa con el nombre de la microbióloga y dos números de teléfono, con diferente prefijo. Se despide con un gesto de cabeza y se marcha sin añadir nada más. Andrés la sigue con la mirada, paralizado, esperando que vuelva la mirada atrás. No lo hace.

Cuando ha doblado la esquina, el cirujano se pone en pie y no puede evitar fijarse que el hielo no se ha fundido en la taza de café. Desde que se conocen, jamás se terminó Elena un café antes de que se fundiera el hielo por completo. Nunca. «Algo ha cambiado en ella —piensa, contrariado—. Y eso ha cambiado también la relación entre nosotros».

Deja unas monedas sobre la mesa para pagar, atragantado con el nudo que se le ha formado en la garganta. Recoge las tarjetas con el corazón maltrecho, pero decidido a revertir la situación. El Decem no ocupa más que una esquina de su cerebro, pero la inquietud con la que Elena le ha hablado de él hará que crezca en las próximas horas.

Con muy mal cuerpo, vuelve a entrar en el hospital en dirección a su amado quirófano, pero ni siquiera la perspectiva de una cirugía lo reconforta.



## 2

El martillo se estrella sonoramente contra la tira de acero candente. Repite el movimiento una y otra vez, hasta que el metal cede y se tuerce a su voluntad. Se pasa el dorso de la mano por la frente, satisfecho, apartando unos rizos rebeldes. El lugar, aunque gigantesco, es cerrado, y el calor del metal al rojo vivo hace que la temperatura sea elevada. Las condiciones de trabajo son duras, pero Mikel necesita el dinero.

A sus veintitrés años, le retiraron toda ayuda económica en el peor momento posible, justo cuando su obra maestra estaba casi terminada. Y precisamente hasta que supere el casi, debe pagar las facturas.

Viste una camiseta de tirantes que antaño fue blanca, pero el tiempo la ha ido decolorando a gris amarillento. Las manchas de grasa salpican tanto la camiseta como sus facciones anchas y sus finos brazos, aunque sobre su piel mulata destacan menos que en la camiseta. Ante sus ojos castaños se extiende el esqueleto del coloso de metal que están construyendo a casi medio kilómetro de profundidad. El proyecto es nuevo. Hasta la semana pasada, estuvieron fabricando unas torres de radio poco convencionales para el Ejército. Nunca sabrá para qué eran ni cómo funcionan por el alto nivel de confidencialidad con el que se desarrolló el proyecto, pero le pareció interesante saber que era para el Ejército.

Los andamios alrededor de la masa de acero a medio construir han hecho que más de un obrero deje el trabajo por vértigo. No es el caso de Mikel. Siempre ha disfrutado de las alturas, por la

sensación de flotar. En otra vida, se ha prometido ser astronauta. Su lugar favorito en el mundo son los acantilados del norte de la cornisa cantábrica, donde nació. Frente al metal candente, se sofoca cada pocos minutos, lo que lo obliga a asomarse al vacío para descender su temperatura.

Con los ojos cerrados, inspira el aire cargado y viciado que le cierra los pulmones. Apenas puede recordar ya el aire puro y salado de su lugar de nacimiento. Pensar en los precipicios de su infancia le trae buenos recuerdos, pero también melancolía. El mar ya no es el mismo que cuando era niño. Tampoco la tierra.

Una estridente bocina indica que la jornada ha terminado. Gritos de júbilo inundan el ambiente. Mikel apoya la espalda en una de las barandillas de los andamios para sacar el torso al precipicio, mirando hacia arriba, para que su grito haga más eco y resuene con más fuerza. Con una sonrisa en los labios, marcha escaleras arriba junto a sus compañeros. Vuelca oficialmente sus pensamientos en su obra maestra. En su cómic. En realidad, no ha dejado de pensar en él en ningún momento. Solo le queda por dibujar el final. El toque de gracia. La diferencia entre el éxito y el fracaso.

A la salida de los escalones de metal, se forma un angosto pasillo de piedra que se retuerce cuesta arriba tras el guardarropa. El atasco formado le roba unos minutos cada día. Una vez recuperado el anorak, Mikel pasa a una cinta mecánica que arrastra a los trabajadores a alta velocidad. El héroe de sus historias jamás trabajaría en un lugar así. «Pero eso es ficción, y yo tengo que conseguir el dinero para que él exista más allá de mi cabeza», se recuerda, como cada vez que piensa en lo mucho que odia su trabajo.

No se relaciona con los compañeros, por lo que no tiene amigos entre los cientos de obreros que trabajan allí. Solo le robarían tiempo. Al llegar al final del interminable pasillo, una puerta de garaje escupe a todos los trabajadores a una callejuela de la periferia de Madrid, desde la que cada uno toma el camino a casa, que es casi íntegramente hacia la estación de tren o la parada de autobús. Mikel prefiere caminar a pesar de la considerable distancia que lo

separa del lugar en el que duerme. En los seis meses que lleva ahí todavía no la ha sentido como «su casa», y mucho menos como su hogar. Aprovecha el paseo bajo la luz de las farolas (pues las estrellas sobre la capital son imposibles de ver) para darle vueltas al final de su obra. Como cada día.

En algunos puntos del trayecto silba; en otros, se limita a escuchar los ruidos de los coches que lo adelantan o las conversaciones de las personas con las que se cruza. El final sigue sin convencerlo. Y ninguna alternativa le parece suficientemente válida. Poco a poco, una nube negra de pensamientos negativos conquista su cerebro, hundiéndolo en un ya conocido pozo de desesperación y malestar. Los pensamientos autodestructivos no tardan en aparecer.

Pero su móvil suena y lo interrumpe. No suele llevarse nada al trabajo más allá del anorak, a pesar de la cantidad de horas que pasa allí. Lo ayuda a pensar solo en el cómic, tanto en los descansos como mientras realiza la repetitiva tarea de doblegar el metal.

Se plantea no coger el teléfono al leer el nombre de quien lo llama. Lo deja sonar con la esperanza de que se detenga. Pero no lo hace. Y se siente obligado a descolgar a pesar de su desgana. Mantiene un ojo en la calle para no chocar con nada y otro en el tapete gris turbio que cubre el cielo.

—¿Mikel? —pregunta una voz grave al otro lado de la línea, tras unos segundos de silencio.

—Ahora mismo no está, deje su mensaje tras oír la señal —dice, en tono completamente plano.

—Basta —gruñe la voz, masculina, seria, marcadamente autoritaria—. Deberíamos vernos lo antes posible.

—No sé si me apetece. Estoy muy liado con el final del cómic y el trabajo de mierda que he tenido que aceptar —escupe Mikel, remarcando sus palabras, deseando que sean como lanzas contra su interlocutor.

Solo le falta añadir «por tu culpa», pero lo guarda para más adelante. Aunque no es necesario, porque se sobreentiende.

—Escúchame —insiste la voz, aumentando si cabe la seriedad, consciente de que Mikel no quiere saber nada de él—. Lo del Decem es muy serio.

—¿El qué? —resopla Mikel, alcanzando el inicio de su calle, verdaderamente sorprendido. No tiene ni la menor idea de lo que le están hablando. Y no quiere saberlo.

Es una avenida ancha y muy transitada, con tres carriles para coches en ambos sentidos y aceras muy amplias. Está colapsada por luces, peatones y vehículos. Un patinete eléctrico pasa fugazmente junto a él, y Mikel lo mira con un desprecio superlativo. El aire está cargado de conversaciones indistintas y ruido de motores.

—¿Sabes qué? —termina resolviendo el joven, furioso—. No me importa.

Cuelga el teléfono antes de que puedan explicarle nada. Sin dar tiempo a que lo vuelva a llamar, apaga el móvil. Tiene la cabeza llena de ideas y las manos ardiendo de ganas de ponerse con su tableta a probar cómo quedan tras pasarlas de su mente al papel, o, en este caso, al formato digital. Sin embargo, le ha quedado mal cuerpo. Será difícil que pueda abstraerse de esta conversación esta noche. Al abrir la puerta, topa de frente con una de sus compañeras de piso, Macarena.

—¡Díó mío, qué mal hueles! —exclama, con su marcado acento andaluz.

—¡Los hay que tenemos que ganarnos la vida con trabajos de mierda!

Plantada en mitad del recibidor, Macarena carraspea. Lleva puesto un pijama azul marino que liga a la perfección con su piel blanca y sus ojos castaño claro.

—Lo dices como si nosotras no nos pasáramos media vida en el hospital.

Él rueda los ojos, mientras ella ata su cabello, liso, largo y de un color alterno entre amarillo y pelirrojo, con una coleta sobre su cabeza. Tiene las puntas rubias, por lo que el moño resultante es completamente amarillo. El flequillo, cortado horizontalmente, no le favorece en absoluto. Al apartar el cabello, deja ver las delicadas

facciones de su rostro redondo con claridad.

—Bueno, pero no tenéis que meter martillazos a acero todo el día y sudar como cerdos.

Macarena sonrío sin añadir nada, asintiendo, pero otra voz femenina con un profundo acento canario emerge del salón:

—¡Sudar no, pero llevo todo el día vomitando! ¡Las náuseas del embarazo son lo peor!

Mikel sonrío al ver aparecer a su otra compañera de piso, Paula, que tiene cara de pocos amigos. Su cabello largo y castaño oscuro flanquea su rostro redondeado.

Nada más verlo, Paula arruga su estrecha nariz, mientras lo fulmina con la mirada:

—Uf. Haz el favor de ducharte, que estás haciendo que me vuelvan las náuseas.

Mikel rueda los ojos, sin ganas de excusarse de nuevo mientras ella se tapa la nariz y la boca con los dedos. Mikel es más alto que ellas, que tienen una estatura similar, aunque Macarena es más estrecha de cadera y delgada.

Macarena y Mikel viven juntos desde hace seis meses, cuando ella se mudó a Madrid para trabajar como enfermera. Mikel, aunque cinco años más joven que ella, fue de los pocos que accedió a alquilar la minúscula habitación junto a la cocina. Paula se unió a ellos tres meses atrás.

Mikel se encoge de hombros mientras Paula trata de ocultar otra arcada. Todo su cuerpo se contornea violentamente.

—Yo no sé cómo voy a soportar una hora y media de vuelo hasta Barcelona.

—¿Te vas el finde? —pregunta él, sorprendido.

—No, me voy esta noche a última hora y vuelvo el jueves por la noche. A ver un rato al padre de este desastre —responde, señalándose el vientre, todavía plano.

Mikel intenta orientarse en el tiempo, con dificultad. «Hoy es miércoles, así que mañana es jueves. ¿Solo va una noche? Cuántas molestias para tan poco tiempo...».

—Es poco una noche solo, ¿no?

—El tiempo que podemos sacar los dos —responde ella, cortante, y Mikel sabe que ha apretado una tecla equivocada.

Macarena suspira con ferocidad. Evita activamente devolverle la mirada. No le apetecen reprimendas.

Paula tiene otra arcada, esta vez acompañada de una tos nada agradable.

—Este embarazo me va a matar.

—Seguramente el olor de este se te ha metido dentro —bromea Macarena, y dirige su cuerpo hacia Mikel, para empujarlo con sutileza.

Paula capta el gesto.

—Sí, ya voy a la ducha —Mikel se aparta de ellas, en dirección a su habitación, con las mejillas enrojecidas—. No adivinaréis quién me ha llamado hoy.

—¿Jaime? —dicen las dos a la vez, con evidente curiosidad.

—Vale, pues sí que lo adivináis —resopla, decepcionado, pues contaba con poder hacer más énfasis. «Si creo tan poca sorpresa en el cómic...». Se obliga a apartar de su mente los pensamientos intrusivos que lo arrastran al pozo—. A veces se me olvida lo listas que sois.

—¡Pero cuenta! —le dice Macarena, impaciente, desde el recibidor, al ver que se aleja sin explicar nada más, con la cabeza gacha.

—Primero me tengo que duchar, ¿no? ¿O ya no os importa tanto cómo huelo?

Mikel cuida mucho el tono adecuado, pues quiere que suene como un ataque, pero amistoso. Consigue su objetivo. Las dos chicas aceptan aplazar la conversación —no sin insistir un poco— hasta que termine su ducha.

Antes de limpiarse, se mira al espejo, y decide afeitarse la escasa y salvaje barba que le crece: en algunas zonas densa y negra; en otras, clapas completamente alopécicas. Se quita todos los pelos irregulares y se deja la zona que le crece bien: el bigote, frondoso, y la perilla, en la que permite pelos largos en la barbilla y un triángulo



rodeado de piel justo bajo el labio. Se toma su tiempo en la ducha, dejando correr el agua caliente hasta que le quema la piel. La sensación que le produce es tan dolorosa como placentera.

Sigue sin dar con el final adecuado para el cómic. Se seca y viste con absoluta parsimonia. Cuando sale del baño, las luces del piso están apagadas. No tiene dudas de que Paula se ha ido a dormir, mientras que se acerca al salón-comedor para corroborar sus sospechas: Macarena se ha quedado dormida en el sofá.

Aunque siente una pequeña decepción por no contarle su historia con Jaime, en cierta manera lo prefiere. Le escuece demasiado. Le sigue dando vueltas. «Por si fuera poco, no me ha llamado para disculparse, sino para hablarme del ¿Detem? ¿Demem? ¿Qué se supone que es eso? ¿Se supone que tengo que saberlo? “Es muy serio”. ¡Como si no tuviera yo cosas serias de las que ocuparme! ¿Se refería a mi cómic? ¿Se ha atrevido a insinuar que mi cómic no es serio? ¡Cómo se atreve! Siempre tratándome como si mis cosas no importaran... ¡No ha aprendido nada en estos seis meses!».

Con la cabeza hirviendo y los puños apretados de auténtica furia, Mikel se sienta sobre la cama. Se siente ofendido y despreciado por una de las personas más importantes de su vida. Pero sus emociones lo traicionan de nuevo y su corazón se reblandece. «Sonaba preocupado, estaba muy serio. Quizá...». Entre lágrimas, siente la tentación de encender de nuevo su teléfono y llamarlo, preguntarle cómo está, saber qué es eso que es serio y volver a confiar el uno en el otro. Una súbita oleada de rabia lo hace sollozar desconsolado y desechar cualquier opción de reconciliación. Ese barco zarpó hace meses.

Ya pasada la medianoche y más sereno tras vaciarse de lágrimas, se sienta de nuevo frente a la tableta. Lleva todo el día esperando este momento, pero sus ideas parecen haberse desvanecido con el llanto, y su mano se siente extraña alrededor del lápiz táctil. El aparato parece reírse de él.

«Ojalá el mundo se fuera a la mierda. Así no tendría que preocuparme por el dinero —reflexiona, con los pensamientos embotados—. Así solo me tendría que preocupar por ser feliz».

Se queda unos minutos en silencio, mirando a la nada. Cuando consigue centrarse, la pantalla en blanco augura una larga e improductiva noche en vela.

Otra más.

### 3

Un llanto infantil interrumpe la conversación entre las dos adultas. En el exterior del pequeño piso de Barcelona, el sol ya se ha puesto. Se miran con cansancio, y es la más alta de las dos la que asiente.

Se pone en pie y cambia la cara conforme se acerca a la cuna plantada en mitad del salón, junto a la televisión apagada. Sonríe al asomarse, y toma al bebé en sus brazos. Las quejas se extinguen al instante.

—Tenemos que acostumbrarlo a que esté solo en la cuna — dice la mujer que sigue en el sofá.

—Pero qué dices, mira esta cosita. ¿Cómo lo vas a dejar allí llorando? Pobrecito.

La madre de la criatura lo mece de un lado a otro, haciendo que sonría. A su otra madre, Giulia, todavía sentada, no le hace tanta gracia. Resoplando, se hunde en el sofá y pone en marcha unos altavoces. El *Bella ciao* de Talco comienza a sonar de fondo.

—Sabíamos dónde nos metíamos —dice Adriana, con el niño en brazos, sentándose a su lado delicadamente y tarareando a continuación la letra.

Giulia es licenciada en Biología Molecular y doctorada en Virología Humana y Animal, mientras que su pareja, Adriana, es profesora de primaria.

—Lo sabrías tú —recoge el testigo Giulia—. Yo de verdad que no puedo estar más tiempo de baja. Se me cae el techo encima. Y solo llevamos la mitad.

—Pues yo estoy encantada —responde Adriana, sin dejar de hacerle carantoñas al bebé, en su regazo.

La piel de Giulia es cetrina, mientras que Adriana y el bebé tienen un tono mucho más pálido.

—Ya te veo.

Giulia se pasa las manos por la cara primero, y luego por el cabello, negro y rizado. Muy a su pesar, termina cediendo y le hace también carantoñas al crío, que babea y sonríe sin cesar. Siempre consigue reblandecerla cuando se le cruzan pensamientos en su contra. A sus cuarenta años, sigue pensando que es demasiado pronto para haberse comprometido a tener un hijo. Pero era el siguiente paso en su relación.

Giulia y Adriana se conocieron en Madrid, mientras la primera trabajaba en su doctorado y la segunda preparaba las oposiciones, más de diez años atrás. Decidieron mudarse a Barcelona debido a una oportunidad de trabajo de Giulia, veronesa de nacimiento.

En cuanto la científica se pone a jugar con su bebé, el portátil la avisa de que alguien trata de establecer una videollamada con ella.

—Cógelo, aquí lo tenemos controlado —dice Adriana, soplándole la cara al niño.

Giulia sonríe y se desplaza curiosa a la mesa en la que el ordenador está abierto, junto al otro sofá. La sorpresa al descubrir quién requiere su atención es máxima.

—¡Hola! —exclama una mujer con flequillo negro, unos años mayor que ella. Tiene los ojos levemente rasgados, en la parte exterior de los cuales aparecen ya las patas de gallo.

—¿Qué tal? ¡Cuánto tiempo!

—Bueno, ahora te cuento. ¿Qué tal tú con el bebé?

Giulia percibe inmediatamente problemas. Es extraño que su buena amiga Goa Guix no vaya directa a grano. La conoce perfectamente y sabe su orden de prioridades: primero dice el motivo de la llamada, y después, si hay tiempo, se da a lo personal. «A no ser...».

Giulia frunce el ceño. Goa y ella se doctoraron juntas en una investigación sobre las mutaciones de los virus al saltar de ani-

males a humanos y viceversa, basándose fundamentalmente en el coronavirus SARS-CoV-2. Después de aquello, Goa se marchó a París y Giulia a Barcelona. Aunque han mantenido el contacto, una llamada no programada es inusual.

—El bebé está muy bien, con Adri ahora.

Detrás de ella, la profesora levanta al bebé para que aparezca en la cámara. Goa sonríe incómoda. Nunca le han gustado especialmente las crías, y todavía menos las humanas. Igual que a Giulia, aunque en su caso Adriana la convenció para dar el paso.

—Sería buena idea cambiar de habitación.

—¿Qué? —pregunta Giulia, desconcertada.

Siente un vacío en el estómago que se le transmite a todo el cuerpo con un escalofrío. Pero el rostro tenso y serio de Goa le produce también un cosquilleo más positivo que negativo.

—Lo que te voy a contar es estrictamente confidencial.

Giulia se gira hacia su pareja, que la mira con extrañeza.

—Tengo que...

No llega a terminar la frase. Sale precipitadamente de la habitación sin esperar respuesta. Adriana se centra en el bebé, que balbucea en su regazo mientras trata de tirar de sus cabellos castaños.

—Confidencialidad, pf. Aquí estamos mazo bien y tranquilas. ¿A que sí? Sí, sí, sí.

Giulia se sienta en la mesa de la habitación-despacho que Adriana utiliza como sala de videojuegos. Coloca el portátil sobre la mesa tras apartar el teclado multicolor y resopla, concentrada ya únicamente en Goa.

—¿Qué ha pasado?

—¿Recuerdas el modelo REV-12?

Giulia siente un retortijón al oír el nombre del proyecto, a lo que le sigue una sensación de emoción desconcertante. Goa está muy seria, y espera respuesta. Giulia percibe el cansancio en sus ojos. «Extremadamente cansada, como si apenas hubiera dormido en los últimos días», piensa. No se equivoca.

—Sí, claro que lo recuerdo.

—Estoy investigando un nuevo virus de la familia *herpesviridae*, y por ahora... Se comporta igual que el REV-12.

Giulia nota sus propios latidos en el cuello. «*¡No puede ser! Es imposible...*». se grita a sí misma, debatiéndose entre el más puro terror y la excitación de un crío al que le acaban de dar un caramelo. Sus respiraciones se hacen más pesadas y nota que le aparecen destellos en la periferia de los ojos. «Ahora no. Contrólate, Giulia. Esto es importante».

—No puede ser. El REV-12 era el modelo fluido que hicimos por pura especulación.

El rostro de Goa se mantiene invariable. Giulia siente sudores fríos por todo el cuerpo a la vez que su entusiasmo sigue creciendo. El modelo de contagio REV-12 implica un virus con genes que se integran en el huésped y desintegran cuando se ve en riesgo, alterándose en el proceso, con tantas copias que se refuerza y cambia sin cesar. Inmortal, impredecible y con capacidad de infectar a la totalidad de los seres vivos. Por tanto, imparable.

—Es imposible —repite Giulia.

—En ciencia nada es imposible. Tú me lo enseñaste.

Sabe que Goa tiene razón, pero las probabilidades de que exista un organismo con modelo fluido son tan remotas que podrían traducirse como imposible. Aunque si Goa lo dice..., implica una situación muy delicada.

—¿De dónde ha salido? —pregunta Giulia, intentando centrarse, con el corazón latiendo desbocado a pesar de que sigue sentada sin realizar esfuerzos de ningún tipo.

—No lo sé. Pero tenemos ya varios casos confirmados en por lo menos siete especies de nuestro laboratorio, incluida... la humana.

—¿Quién? —pregunta Giulia, deseando que no diga cierto nombre.

—Varios de mi equipo... Entre ellos Lejeune.

Giulia nota la lengua entumecida y la visión periférica oscureciéndose al cumplir sus sospechas. Niega con la cabeza, intentando

reponerse. Lejeune es un reputado zoólogo que ayudó a las dos investigadoras durante todo su doctorado. No es ni mucho menos tan eminente como ellas, pero es un científico sobresaliente. Y un buen amigo.

Se frota la frente con ambas manos y resopla. Niega con la cabeza, alejando ciertos pensamientos que no ayudan. Trata de apagar la parte emocional de su cerebro para encender la parte científico-analítica que tantos éxitos le ha reportado. La parte que necesita:

—¿Qué provoca este REV-12?

Desde París, Goa sonrío. Acaba de activar a Giulia.

—Lo están llamando Decem —puntualiza Goa, creyendo que ese nombre le sonará a su compañera, pero, por su expresión, parece que no—. Se mete en el cerebro primero, tiene tropismo por las células nerviosas. Es asintomático una semana. Luego es variable... Pero principalmente pápulas siguiendo las raíces nerviosas, como si fuera un herpes..., y luego cambios de humor y ataques de ira... Violentos. —hace una pausa, suspirando—. Después, la muerte. En unos quince días.

Giulia piensa, pero se le hace muy difícil. Los sentidos no le responden y nota una importante opresión en el pecho. Lejeune es importante para ella, y le preocupa que esté infectado por un virus de esas características.

*«¡Basta! ¡Concéntrate, Giulia! Eres la que mejor conoce este modelo y la mejor opción para detenerlo»,* se dice, reaccionando a tiempo. Llegar a poder pensar cosas así y llenar su tanque de autoestima por sí misma es una de las cosas que más orgullosa está de haber conseguido en toda su vida.

—¿Qué especies ha infectado?

—Hasta ahora, que sepamos, ha infectado una cobaya, un loro, siete canguros, dos ratones, seis ratas, ocho chimpancés y doce humanos. Siete especies. Todos los animales que tenemos en el laboratorio y doce de quince trabajadores.

—Y el loro de Lejeune —se adelanta Giulia, con el cerebro funcionando a pleno rendimiento y recordando el parlanchín animal

de compañía del investigador. Lo nota como una puñalada en el corazón.

—Exacto.

Giulia resopla y cae en la cuenta de que Goa no la llama solo para avisarla. Sus ojos se encuentran en un momento de conexión a la altura de muy pocas personas.

—¿Qué quieres que haga?

—Hay que actuar según el REV-12. Es el peor escenario posible, pero hasta que podamos tener datos clínicos reales...

—Será demasiado tarde para Lejeune.

—Desde Barcelona podrías empezar a hacer alguna cosilla, pero se está formando un equipo interdisciplinar. Tendrás que ir a Madrid.

Giulia asiente despacio.

—¿Cuándo?

—Cuanto antes. Parece que se contagia con muchísima facilidad.

Goa se queda callada, Giulia también. Parece que hasta contengan la respiración. Goa está en el laboratorio, vestida con la bata blanca con el logo del instituto de investigación que la financia bordado en el pecho. Su aspecto cansado empaña la imagen de elegancia y profesionalidad que siempre desprende. Ambas son conscientes de que la situación es grave, pero hay una chispa de emoción en ellas, la que otorga un reto de tal envergadura, la que otorga una futura aventura en bata de laboratorio. Giulia comienza a exaltarse positivamente hasta que un pensamiento la golpea con violencia y aplaca toda su ilusión:

—Mi bebé...

Goa niega con la cabeza.

—¿Me pides que lo deje aquí y me marche? —Giulia está al borde del llanto. Estaba muy decidida a hacer todo lo posible, pero porque no había reflexionado nada ni pensado más allá de sus capacidades.

—Sé que será difícil. Pero te necesitamos.



Giulia se queda callada. Solo reflexionando un instante se ha dado cuenta de los peligros que conlleva meterse en lo que Goa le está pidiendo. Al fin y al cabo, por muy cabra loca que fuera en su juventud, la maternidad ha traído consigo muchas cosas. Entre ellas, responsabilidad y mucha privación de sueño. Ya no está ella sola como antes. En sus decisiones debe tener en cuenta a su hijo y a Adriana. Pero hay algo que no ha cambiado, y es su curiosidad científica. El cosquilleo que siente por investigar un virus así es superior a cualquier obstáculo. Ella ya sabe que aceptará, su única duda es cuándo.

—Te necesitamos para pararlo —insiste Goa, despacio, midiendo sus palabras, pensando que será más difícil sumar a Giulia a su equipo de lo que pensaba—. Porque, si no lo paramos, perderemos el futuro. Tu hijo y todos. Esta es la amenaza de extinción de la humanidad más inmediata a la que nos enfrentamos.

Giulia niega con la cabeza, conmocionada por la dureza de su compañera.

—Pero de qué hablas, Goa. Es un herpes.

—¿No me has escuchado nada? ¡Con genoma fluido! ¡Espabila, Giulia! —espeta, con toda la frustración acumulada en la última semana—. Eres la persona que creó el modelo de contagio REV-12. Ahora tienes que pararlo. He intentado hacerlo yo con mi equipo, pero no lo entiendo como tú. No soy tú. Te necesitamos.

Giulia suspira, tan apabullada por el desquite de Goa como por el reconocimiento espontáneo. Aunque también por la difícil papeleta que le toca asumir. Y por su hijo.

Giulia resopla y se queda mirando a la pantalla, con los ojos fijos en los de Goa, que se encoge de hombros.

—Es tu decisión, pero no hay mucho tiempo. Y sabes tan bien como yo que te necesitamos.

Asiente enérgicamente, superada. Goa esboza media sonrisa, consciente de que ese gesto es sinónimo de que ha conseguido su objetivo.

—Antes de medianoche, te recogerán. Te envió los detalles y el

contacto del enlace por WhatsApp. Se llama Elena Torres. Cuídate mucho, amiga.

La pantalla salta al escritorio de golpe. Giulia apoya los codos sobre la mesa y traga saliva con dificultad. La ansiedad comienza a hacerse con el control. Piensa en solitario, fríamente: «Esto no puede estar pasando. ¡Otra pandemia! No puedo pasar otra cuarentena como la del coronavirus, fue horrible. Prefiero millones de veces hacer cosas que puedan terminar siendo útiles. Puedo ayudar, puedo pararlo. El REV-12 es mío. Yo lo inventé. Yo lo puedo derrotar».

Tiene que forzarse para no comenzar a buscar líneas de ataque contra el nuevo virus y poner antes al corriente a su pareja. Sale de la habitación, con el corazón encogido. Ya no suena Talco en los altavoces, sino una mujer que narra una historia.

—Mira, unas ardillas han atacado un puesto de gofres en París —dice Adriana, sin mirarla, señalando el televisor, que enseña el vídeo—. ¡Cómo odio a esos bichos!

Pero no obtiene la respuesta que espera. Giulia no dice nada, horrorizada y con sudores fríos por toda la espalda, pues las ardillas no atacan los gofres como se esperaría, a intentar comérselos, sino que atacan de forma indiscriminada a las personas, al tendido eléctrico, a otros animales. Las palabras de Goa resuenan en su cabeza sin cesar: «Primero, alteraciones de comportamiento. Siete especies. Ocho. Ocho especies, contando las ardillas», le susurra en silencio su cerebro.

—¿Qué te pasa? ¿Está bien Goa?

Adriana reconoce la postura envarada de Giulia: está al borde de un ataque de ansiedad. Deja al bebé en la cuna, que inmediatamente gruñe, sin éxito.

Giulia niega con la cabeza y Adriana la abraza con afecto.

—¿Qué ha pasado?

—El REV-12.

—¿Qué?

—Goa ha descubierto un herpes virus que sigue el patrón del REV-12. —Adriana se aparta un poco, dudando sobre si entiende del todo lo que le está contando—. Me necesita en Madrid.

—¿Y qué harás?

—Ir.

Adriana asiente, pero se queda unos segundos en absoluto silencio. Giulia la aparta y se sienta lentamente en el sofá. Su pareja la sigue y toma sus manos en las suyas.

—Sí, tienes que ir. ¿Se está expandiendo ya? ¿Qué hace? ¿Afecta a los bebés? —hace una pausa, conteniendo su horror, consciente de que está divagando y hablando sola. Logra centrarse, y asiente de nuevo, para sí misma—. ¿Cuándo te vas?

Giulia mueve sus manos intentando calmarla, con los ojos llenos de lágrimas.

—Esta misma noche. Tengo que hacer la maleta.

—Vale, vale —Adriana asiente y se pone en pie—. Vamos a hacer la maleta y me lo cuentas todo bien contado.

Giulia coge a su hijo en brazos y lo abraza con fuerza, pero no es eso lo que la reconforta, sino la calidez que le aporta la proximidad de Adriana. El pecho le oprime y las lágrimas se amontonan en sus ojos, pero no las deja escapar. Ya no.

Sin embargo, no puede evitar pensar que, si realmente el Decem se comporta igual que el REV-12, el futuro que les espera es desolador. Por muy determinante y diferencial que llegue a ser ella, la batalla está perdida de antemano.

Y aun aguantando las lágrimas con todas sus fuerzas, la redonda cabeza del bebé contra su esternón la termina derrotando y se permite derrumbarse una última vez antes de encabezar la carga contra el Decem.

